

Gerard Manley Hopkins

Prosa Completa

Traducción de Gabriel Insausti

Ediciones Encuentro, Madrid, 2019

El amor por lo real

Reúne este libro, por primera vez traducida al español, la prosa prácticamente completa de Gerard Manley Hopkins. Y lo hace de la mano de Gabriel Insausti, un bien conocido poeta y traductor que tiene sobradamente demostrada su competencia en estas lides.

Es importante destacar, antes que nada, que Hopkins murió prácticamente inédito, y que la mayor parte del material aquí recopilado nunca se pensó para la publicación; como se indica en el prólogo, *casi la totalidad de los papeles póstumos de Hopkins es de naturaleza puramente privada*.

La pregunta que todo esto puede plantear es obvia: ¿tienen los textos aquí recogidos otro interés que el puramente documental?

Pienso que la respuesta queda clara a la primera lectura. Una cosa que habrá resultado especialmente llamativa a cualquier lector de su poesía es la precisión y riqueza de sus observaciones, así como lo personal de la mirada. Recuérdese, por ejemplo, el comienzo de su *Pied Beauty (Belleza abigarrada)*, que cito por la memorable traducción de Dámaso Alonso:

Gloria a Dios por las cosas manchadas.

Por los cielos, lo mismo que una vaca, berrendos,

y el punteado rosa de la trucha en el río...

En muchos pasajes del *Diario*, especialmente, tenemos muestras de su interés apasionado por la observación minuciosa y atenta de la realidad: paisajes llanos o montañosos, diversos aspectos del mar, edificios... Es el suyo, en cierto modo, un ojo de pintor. Algunos de sus familiares directos eran artistas plásticos, y él mismo dibujaba con frecuencia (esta edición incluye varios notables dibujos suyos), e incluso pensó en cierto momento en hacerse pintor, aunque después descartara esa idea. Pero la cosa va más allá del puro interés por las formas; cuando describe, por ejemplo, el aspecto del mar o de las nubes, lo hace a menudo tratando de imaginar las causas que han podido provocar lo que ve. Señala acertadamente Insausti que *si algo sugieren sus diarios, junto con los esbozos que a menudo acompañan las anotaciones, es una insaciable avidez de realidad*. Él mismo destaca también una frase de una carta dirigida a Robert Bridges, quien sería su albacea y lo daría a conocer póstumamente: *el peor fallo que una obra puede tener es la falta de realidad*.

Que su interés no era solamente formal, sino motivado por el *gusto* de la observación exacta, queda patente por ejemplo en estas líneas, del 19 de julio de 1872:

He cavilado en cómo esa belleza de la forma particular queda desapercibida por el común de las gentes y qué a mano la tienen, sin embargo. Si tuvieran ojos para verla la encontrarían en todas partes, en todo momento.

Tenemos, pues, aquí una de las claves básicas de su poesía, y aun de su estética: esa *avidez* de lo real que podemos encontrar no sólo en tantos pasajes de sus poemas, como el citado arriba, sino en el origen mismo de no pocos de ellos. Mi cita se refería, vuelvo a recordarlo, a un poema titulado *Belleza abigarrada*. Que ese aspecto de lo real, la riqueza y variada complejidad de sus detalles, sea el punto de partida para su meditación sobre el sentido último, que remite a lo divino, es algo más que un azar observable aquí: un movimiento característico de su imaginación, que encontraremos en otros de sus poemas mayores, como *La noche estrellada*, *Vitores en la cosecha*, *Primavera*, *Grandeza de Dios*, o aun *Félix Randal*. Incluso en los llamados *Sonetos de la desolación*, que

reflejan una crisis espiritual cuya causa, o al menos una de ellas, suele atribuirse precisamente a un conflicto entre su vocación religiosa y su atracción por el mundo natural y de los sentidos, sigue presente ese aprecio por el detalle, ese amor a lo real.

Es cierto, con todo, que la gran abundancia de las descripciones puede ser algo fatigosa para una sensibilidad actual. Conviene verlas, pienso, como puerta de entrada y anticipo de sus propios poemas, e incluso de un tipo de sensibilidad para el paisaje que preludia de algún modo cierta mirada postsimbolista. Por ejemplo, como señala Gabriel Ferrater, para Proust “el verdadero ser de los objetos consiste... en la huella que dejan sobre las personas que los perciben, e incluso pudiera decirse que el único significado del Universo se encuentra en su función creadora de personas, en su capacidad de transformarse en experiencia intelectual y moral”.

Si a esto unimos su evolución espiritual, los intereses derivados de ella y las cuestiones que le va suscitando (recuérdese su condición de sacerdote, jesuita y converso procedente de una familia anglicana), tendremos el retrato completo. Y este aspecto queda aquí también claramente iluminado gracias tanto a diversos pasajes de sus cartas como a los textos de naturaleza específicamente religiosa, reunidos en el último apartado de esta edición bajo el título de *Sermones y escritos devocionales*. Por ellos podemos comprender mejor no sólo el tema de muchos de sus poemas, sino el modo particular de abordarlo, los aspectos de él que más íntimamente le interesan, y las conclusiones a que le encaminan.

Una anotación de diario, del 17-8-74, permite verlo con nitidez: “Mientras regresábamos a casa las estrellas se veían muy claras: me incliné para contemplarlas y mi corazón, más abierto de lo habitual, alabó a Dios, a quien conduce y en quien se reúne toda belleza”.

En otras palabras, el lector de la poesía de Hopkins tiene aquí el mejor medio posible para acercarse a ella con un mayor conocimiento de su mundo y de los medios expresivos de que se sirve para reflejarlo. Si añadimos a esto el que, tanto en algún escrito específicamente dedicado a ello como en no pocas observaciones en diarios y cartas, habla en concreto de los problemas que le plantea su labor poética, y de sus ideas generales acerca de la poesía, la literatura y el arte, se comprenderá que el libro, casi puede decirse así, se recomienda solo.

José Cereijo